

POIÉSIS

ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

SOBRE REALIDAD Y MENTIRA

Ricardo Alberto Andrade

Psicólogo U. de A.

Magíster en Lingüística U. de A.

Docente-investigador Funlam

“La prueba de que el principito existió consiste en que era un
hombrecito encantador, que reía y quería tener un cordero:
querer un cordero es prueba de que existe”
(De Saint - Exupery, *El Principito*).

Un concepto recurrente llamó nuestra atención en espacios académicos en los que se discute sobre investigación. Repetidas veces se mencionó la frase: “conocer la realidad” como uno de los modos de comprensión de la investigación como ejercicio académico y científico. Es fundamental, hacer un interrogante ante tal concepto: “realidad”, para llegar a una comprensión ulterior y, por supuesto, a una posición personal como sujetos interesados en el conocimiento. Pero, además, interesados como estamos en el campo social, dadas nuestras elecciones vitales, transformadas en título profesional, debemos dirigirnos no a la realidad, de modo genérico, sino, en última instancia, a la *realidad social*.

En efecto, Bonilla y Rodríguez (1997, pag-48) proponen que la regla de oro del método científico es: “conocer la realidad respetando sus particularidades”. Señalan, sin embargo, que una marcada

hegemonía ha marcado la investigación en ciencias sociales y ha marcado una gran preponderancia de los diseños cuantitativos.

Lo que está en el fundamento de ese privilegio es una concepción, compartida altamente, de que los elementos más confiables para aproximarse al conocimiento son los números y sus regularidades. Seguramente, porque en las aspiraciones de las ciencias imperantes a partir del siglo XIX no están sino los elementos coherentes con el descubrimiento de una realidad llamada objetiva (Wallerstein (coordinador), 2003). Es decir, de la realidad, como tal, se busca llegar a la formulación de leyes generales que puedan explicar las relaciones entre los hechos, y cuando se dice hechos, se alude exclusivamente a lo observable (Comte, 1980)

En el trasfondo, sin duda alguna, de lo que se trata es de una concepción de realidad que trata de evitar las antiguas referencias a lo real como aquello que el propio de las cosas y que configuraría una palabra que a los pensadores positivos genera gran escozor: la esencia. Por realidad se entiende de modo general algo relacionado con la existencia real y efectiva de las cosas del mundo, pero, además, la verdad, lo que ocurre realmente y tiene un valor contrapuesto a lo ilusorio (DRAE, 2009). Esa definición escenifica la necesidad que presenta el modelo de conocimiento de la cultura occidental de evitar a toda costa las cosas que pueden llamarse ilusorias y de resaltar aquellas que tienen un valor pragmático. La verdad está entonces supeditada a esas características.

Pero la manera de comprobación certera de la existencia de algo implica también sumirnos en otra discusión que lleva milenios y de la que no dejamos de recibir consecuencias, aun sin enterarnos, en la formación profesional como científicos humanos. Es posible pensar que lo que comprueba la existencia de algo es su percepción por medio de los sentidos (Locke, 1982) o suponer, de modo contrario, que los

sentidos son engañosos y que debe confiarse en la razón (Descartes, 1977); o mejor aun, acudir, mejor al diseño de métodos de medición que refinan el alcance de los sentidos humanos es otra de las opciones posibles, aunque no dista mucho de ser una versión mejorada de la primera postura. Sin embargo, es diferente decir cuáles son las propiedades de las cosas, la otra es decir lo que son las cosas; una cosa es decir, qué propiedades acompañan a la realidad, la otra es proponer lo que es la realidad, descubrirla.

Lo que está en el soporte de una afirmación como “descubrir la realidad” es la idea de que la realidad, incluso la verdad, están allí, en algún lugar, y todo lo que hace falta es que haya una persona, privilegiada por su tenacidad o su sapiencia, para descubrirla, esto es, retirar el velo y desnudarla. Por supuesto, esta persona tendrá que suponer que lo que ha logrado descubrir es cierto y deberá hacer uso de un paradigma que lo autorice, para al mismo tiempo desautorizar algunos otros. El problema no estriba, únicamente, en el modo paradigmático de investigación (Cerdeña, 2005) que se selecciona de parte de este sujeto, sino en que más allá de la apuesta investigativa siempre hay una concepción de verdad y, por tanto, de mentira.

Y esa costumbre inusitada en la naturaleza, hablamos de la de permitirse la habilidad de distinguir entre verdad y mentira, es tan humana como todo aquello que configura nuestra cultura. Es la misma costumbre cognitiva que está a la base de las disputas religiosas, de las ideologías y de las guerras en la historia humana. Es la misma postura la que está a la base de la mayoría de principios morales y de axiomas éticos, de la designación de que hay personas adecuadas o inadecuadas a los contextos sociales o sanas o enfermas socialmente. Por eso, cuando un astrónomo turco descubrió el asteroide B. 612, en 1909, la comunidad científica que, por cierto y aunque no sea un conocimiento de manejo popular, también está conformada por humanos, no le

ofreció apoyo alguno; es que no se vestía a la altura de los científicos importantes. (De Saint-exupéry, 1999).

La ocasión para tal comportamiento humano es el olvido de algunas circunstancias, denunciadas por personas y personajes nobles en la evolución de este sistema arbitrario de cosas, que llamamos sociedad.

La primera de esas circunstancias tiene que ver con el límite de nuestro propio entendimiento y los cimientos de nuestra cultura. El hombre se arma un conocimiento fundamentalmente estructurado en términos lingüísticos; no hay modo de procesamiento del mundo humano si no utilizando un sistema de signos que hemos llamado lenguaje. Es así como cuando decidimos que una cosa es verdadera no estamos designando con tan honroso título a la cosa, sino al símbolo con el cual, arbitrariamente, la hemos designado. De alguna manera, lo que el hombre puede conocer del mundo y de su verdad es un ficcionar metafórico permanente. “¡En primer lugar, un impulso nervioso extrapolado en una imagen! Primera metáfora. ¡La imagen transformada de nuevo en sonido! Segunda metáfora. (NIETZSCHE, 1886, pag-22).

Incluso las mediciones más concretas están hechas de manera convencional y fundamentalmente lingüística, y, por ello, metafórica. Es que los sistemas de medición no se encuentran de modo “natural” esperando ser utilizados por una egocéntrica raza de unos seres privilegiados en la cadena evolutiva. En última instancia, y aunque se nos juzgue de idealistas, ninguna ciencia es verdaderamente natural, todas son humanas.

La segunda de esas circunstancias es consecuencia de la anterior. La única forma de generar conocimiento es generando discurso, en tanto el hombre habita en un universo simbólico, incluso si supone que ese universo es totalmente compatible con lo real. Por eso, la realidad, no es

otra cosa que lo real, lo fenoménico, lo dado, pasado por el tamiz simbólico propio de la humanidad. "...es el uso del lenguaje el que se introduce a sí mismo, el que se forma en la vida del lenguaje hasta que encuentra firme bajos los pies. El pensamiento conceptual mantiene siempre contornos imprecisos" (Gadamer, 1994, pag-94).

A nosotros nos gusta tomar los conceptos para caminar por caminos disciplinares e investigativos. Decimos "descubrir la realidad de lo humano" y nos encantamos porque suena interesante. Incluso no es muy costoso diseñar encuestas fiables y decir que tenemos muestras significativas, como si llegar a cierta comprensión de un caso particular, de un ser humano que ha iniciado la elaboración de un duelo porque por fin recibió una bolsa con algunos huesos exhumados, no tuviera la misma importancia -de hecho, más para nosotros- que el hecho de que haya un gen que justifica la infidelidad masculina.

La realidad humana, como concepto, es una ficción para intentar cobijar una serie de fenómenos, cuyas posibilidades de numeración parecen desconocer los designios cuantitativos. Amar, coleccionar mariposas, ver en las estrellas los deseos, esperar el atardecer para conmoverse.

Por eso, y aunque aceptamos que criticar de modo radical la metodología de la investigación de las ciencias naturales, es pecar no sólo de idealistas, sino de ciegos, suponemos que tampoco puede suponerse que las ciencias sociales deben adaptar de manera ilusa y poco razonada esas metodologías. Que las ciencias naturales sean el trofeo para elevar con orgullo en los hombros de las universidades no debería crearnos angustia, aunque los recursos de investigación estén tan desigualmente repartidos. Podemos permitir que nuestras hermanas-ciencias mayores sigan en el enamoramiento con los números; a las personas mayores (...) no les importan más que las cifras" (De Saint-exupéry, 1999, pag-25).

Si algo puede aprenderse de *El Principito* es que el humano es un planeta individual, que, sin embargo, parte siempre en busca de amigos, del establecimiento de lazos, de ser domesticado y de domesticar. ” (De Saint-exupéry, pag-94). Es decir, la realidad social está hecha de la misma materialidad con la que se tejen los lazos humanos, conocer el corazón humano es un viaje a través de una red interminable de encuentros y desencuentros en los que hay otro que habla y que escucha, y cuyas palabras tocan lo que llaman corazón y cuya presencia se siente más allá de la piel: lenguaje y afecto.

Seguramente por eso, para poder entender la significación que tenía en su vida su orgullosa rosa, el principito tuvo que domesticar un Zorro. Claro, aprendió también que uno no puede domesticar sin ser domesticado, y que luego de que tales lazos se tejen es imperativo llorar. Pero si se tejen tales lazos uno corre el riesgo de encontrar esas verdades molestas para algunos científicos serios: “sólo se ve bien con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos” (De Saint-exupéry, pag-98).

No se puede conocer lo humano sin tener el corazón en lo humano. No puede darse cuenta de la realidad social si recortamos la naturaleza humana a expresiones mínimas para hacerlas mensurables. Algunos científicos pueden perderse tras un océano de números ordenados, pero es posible que, cuando se trata del entendimiento de las condiciones no institucionales de lo social, no sepan lo que buscan. El principito explicó que “sólo los niños saben lo que buscan... pierden el tiempo con una muñeca de trapo, que es lo más importante para ellos, y si se la quitan, lloran...” (De Saint-exupéry, pag-102).

Seguramente, y en consecuencia con los objetivos de nuestras búsquedas, puede valer más perder el tiempo en conversar con una niña desplazada sobre su muñeca de trapo que aplicarle un instrumento que le mida la depresión o el estrés post traumático. Es que la depresión es

una idea humana hecha para muchos y su muñeca es única en el mundo ¡porque es suya! Y tal vez no se sepa mejor sobre la condición de ser desplazado que cuando uno entiende lo que puede ser una muñeca de trapo, que huele a tierra y campo, en una ciudad, que huele a humo.

REFERENCIAS

- BONILLA CASTRO, Elissy, RODRÍGUEZ SEHK, Penélope. Más allá del dilema de los métodos. La Investigación en Ciencias Sociales. Editorial Norma, Santafe de Bogotá D.C., 1997.
- CERDA, Hugo, Los elementos de la investigación, Editorial el Buho Lda, Santafé de Bogotá, 2005
- COMTE, A. Curso De Filosofía Positiva. Lección Primera. Ediciones Orbis: Barcelona, 1980
- DESCARTES, R. Meditaciones Metafísicas. Alfaguara. Madrid, 1977.
- GADAMER, H. Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica 3. Ed. Sígueme. Barcelona 1996
- LOCKE, John. Ensayo sobre el entendimiento humano. Aguilar Ediciones. Buenos Aires 1982 (1690).
- NIETZCHE. Más allá del bien y del mal. Primera parte. Cap. 1- 13. Cultura, Barcelona, 1999.
- SAINT-EXUPÉRY, Antoine. El principito. Grupo Editorial Tomo S.A. DE C.V. México. 1999
- WALLENSTEIN, Emmanuel (Coord). Abrir las ciencias sociales. ed.7, México, Siglo Veintiuno Editores, 2003